

---

## **CASIDA DE TRASSIERRA**

---

MANUEL GAHETE JURADO  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

"Pasos de un peregrino son errante  
quantos me dictó versos dulce Musa  
en soledad confusa,  
perdidos unos, otros inspirados".  
*Soledades 1-4 Góngora*

## CASIDA DE TRASSIERRÁ

### I

"Era del año la estación florida"  
*Soledad Primera* de Góngora

Era del año la estación florida.  
Un arbol de soles restallaba  
sobre el encaje cálido de Córdoba.  
Acaba de morir. La luna ardía  
como un fanal herido por la piedra.  
En un rincón del parque, Polifemo  
gime por los amantes malhadados.  
Galatea a sus pies lame corales.  
Acis eternamente a vivir torna  
desde el aljófár líquido al aliento.  
Llueve sobre el amor y siempre llueve.  
Acaba de morir. Nadie conoce  
qué doloroso vértigo lo apaga.  
Todo queda tras él en la memoria.  
En el papel escrito trasparece  
el corazón que holló la primavera.

### II

"Su dulce lengua de templado fuego"  
*Soledad Primera* de Góngora

Éste que veis aquí, enjuto y pálido,  
nacido a contraluz, pasto del humo,  
el labio de cristal, la boca anclada  
en el seno fontal de un mar de oro,  
sorprendido babel donde los pájaros  
sellan de luz un reino sumergido.

Éste que veis aquí, de frente amplia,  
que en la menuda sien luce un planeta,  
morada de profundas caracolas;  
obstinado perfil, carne o crujido,  
rostro de hiel surcado donde hincan  
mástil mortal dos rejas su hendidura.

Éste que veis aquí, negra sonrisa,  
sesgo de roja cal y turbia plata,  
rocalla del amor, pura agudeza,  
inteligencia suma, procreadora.  
Destilado desdén, nostalgia herida,  
aguileño desmán vivo en lo oscuro  
y en la amarilla redondez del tiempo.

Éste que veis aquí, estrella helada  
certísimo captor de fuego y niebla.  
Funámbulo, charlista, taciturno,  
ya sólo es un hombre a la deriva.  
A la fatiga atado cuando calla  
porque remueve pájaros de cenbra,  
porque graba la arcilla de las horas  
y una lengua de fuego lo encandece.

Éste que veis aquí, plegaria altiva  
de un corazón o grímpola del orbe  
que sobre el universo se descarna:  
leve ruido de pluma, pulso leve,  
flor efímera y yerta que revive  
en el cieno del mar, fértil materia,  
río febril o cábala del sueño.

Éste que veis aquí, caballo dócil  
en el turbio jinete de la tarde,  
es Góngora, sabed, nacido mártir  
de la pluma y la letra, de los dones  
sólo en Dios y lo eterno conquistables.

Es don Luis, cordobés, hombre de sombra,  
de silencios, de muros y de yermos,  
arcángel singular, espectro sordo,  
sorbando luz y flor, y en cada esquina,  
la dulce historia del amor que pasa.

Es don Luis. En la luz trasvina, bebe  
el licor y su acíbar espumoso  
en la verde abrasión de la medina  
con el rubio rubor de un rojo beso.

Viene a verter el mar en nuestros labios;  
 en el vientre de sal la tierra fúlgida,  
 las semillas de luz entre los dedos,  
 y un perfume de azahar sobre la frente.

Discípulo del sol, de la tiniebla,  
 de ébano y oro sella ya su nombre  
 y de jubilo triste la ansiedad de los ojos.  
 No nos mueva a piedad la razón rota  
 ni su aliento vencido:  
 en su voz la palabra sabe a ciencia,  
 cingulo que desata si vincula,  
 posesión que en su entrega nos despoja.

Y danos a beber el agua limpia  
 que nos sacie la sed y que esclarezca  
 este crisol de signos proclamando  
 la altísima palabra del misterio.

### III

"Vencida al fin la cumbre...  
 con pie ya más segura"  
*Soledad Primera* de Góngora.

La oscuridad es luz. La noche es día  
 cuando el poder de un dios lanza su rayo  
 sobre el clavel de luz del sol de mayo  
 que un ángel en el alba desceñía.

Y brillaba en el cielo y descendía  
 Góngora teologal, un himno gayo,  
 trovador de la luz, dulce lacayo  
 del cimbel, el timbal, la argentería.

Agua para beber, y plata el río.  
 Jara para sentir, y el cuerpo fiero.  
 Llama para el ardor, y el beso fno.

Córdoba, tu dolor perecedero:  
 Góngora de la luz en el vacío.  
 Góngora en la negrura del sendero.

## IV

"Breve esplendor de mal distinta lumbre"  
*Soledad Primera* de Góngora

Y no es tu luz la que me ciega el alma.  
 Ni los senderos donde canta un río  
 de insondable cansancio los que frenan  
 mi paso corporal aun si es de noche.  
 Y no es tu voz  
 la que me rompe el ansia ni este cristal opaco de tus versos.  
 ¿Quién compondrá tu nombre sobre el agua  
 si unos dedos de viento han removido  
 el reflejo abisal en lo profundo?  
 ¿Quién invoca a la luz para que nazca  
 sobre el prieto dolor, para que alivie  
 el corazón mortal que reconoce  
 el fausto ardor de nieve de tus labios?

Sutilísimo don, jardín cerrado, cauce caudal de vientos y roquedas,  
 tu palabra es bajel, deja que amaine la tempestad de alas que lo cubre.  
 Deshabitado amor, tal vez ignores el tormento de aliagas de los hombres,  
 pero no su harpadura o mordedura, su cenital aguja transgresora.

En tus labios hollé el licor más rojo, ese dulce veneno de la vida,  
 la lírica del alma y su arrebato.  
 Tú me conduces. Tú, que vas y vienes, enhebras la locura y el delirio  
 en el oro y el polvo de la gloria,  
 en el polvo y el oro de la ruina.

Ven a beber de nuevo entre las calles  
 el vino dulce de la edad madura,  
 a recorrer el magma jubiloso de los días gentiles.  
 Descubres en lo oscuro  
 y manifiestas lo que nos callamos  
 con luz de sombra y negra transparencia.

## V

"Agradecido, pues, el peregrino,  
 deja el albergue y sale acompañado  
 de quien lo lleva..."  
*Soledad Primera* de Góngora.

Amanece el amor sobre los campos  
y en la sierra, corona de los montes,  
mi voz proclama tu lenguaje vivo.  
Estás aquí y acorres a mi acento  
y tu lumbre en mis ojos se desvela  
debelando la niebla que me humilla.

Así te reconozco,  
río caudal del alma y la palabra donde tantos afluentes han bebido.  
A tu lengua feraz viene mi lengua  
como el joven sediento que persigue los labios pudorosos  
prestos a la verdad, desfallecidos.

Déjame estar dormido en los alares,  
verter mi soledad sobre las piedras,  
beberme el vino rojo del rocío sobre los alminares de Azahara.

Ven a saberme piel para tus besos,  
guadamecí donde mi humilde nombre  
con el metal de fuego de tu nombre  
funda el vitral litúrgico del alba.

Si acaso te venciera el rudo tiempo oscuro con su sombra  
y esta luz mineral viniera a helarme  
ese temprano frío de tu ausencia,  
sea cuchillo mi voz, mi aliento daga,  
segur mi corazón de tal ceguera.

Te reconozco dios en la memoria  
bajando de la orilla de Trassierra  
con un lirio de oro entre los labios.  
Siembras en este cuerpo desnudo  
que pervive,  
  semillas,  
  a tu sombra,  
y en tu luz halla lumbre.  
Apuras el deseo. La carne fulge en pálpitos  
atendiendo dichosa la sed que no se extingue.

A las veredas dulces de la exedra de humo  
vendremos a ocultarnos,  
a bebernos el alma de Córdoba a raudales  
ebrios de vino claro. Centellea en los ojos  
un aljófár de fuego.

En la sed y el silencio mudo dolor se escucha,  
leve música vierte dulce cera de plata.  
Rostro halcón que avizora la herida y su escalpelo  
viene desde la sombra, por los álamos grises  
y es un sínodo grave el que avienta en el alma.

Deja que me resguarde en la flor del crepúsculo  
con sus ramas secretas y su raíz de lluvia:  
ocre luz nemorosa deshecha en el estío,  
desleída en la roja espadaña de la tarde.

Ven a saberte humano  
en el predio de agua de los ángeles que descifran la noche,  
bajo el pórtico dócil de una ermita o su sueño.  
El ruido de las nubes,  
las esferas de asfalto,  
sedimento de arena donde el Guadalquivir de nieve brilla.

Tú pronuncias el nombre que nos nombra:  
el eterno fluir del fuego helado como ardiente cristal de un breve olvido.  
Barrocos nos dejamos morir como la vida  
en el vuelo sin fondo de algún pájaro huidero.  
Somos en la mirada de los hombres, tu nombre;  
y por ti más que ruido, más que espiga tronchada,  
límite inmarcesible, eterno varadero de la noche.

Dejadme aquí mientras el alma avance  
como una hoguera densa que todo lo consuma.  
Aquí mientras el frío candel de las olas  
lama la ruina fértil de la piel anhelante  
y la luz encandezca  
el cautivo vesubio de los labios donde habitó otro cuerpo.

Será tu juventud piedra molida  
donde el viento perdura,  
donde el invierno instaura  
su condición de umbría, sauce y nieve.  
Queda el amor y la mojada juncia  
que conmovió la sangre y puso freno  
al embite del mar, a su coraje.

Dejadlo reposar  
y que se pose también su corazón alto y sereno.  
Desplegad en la sombra que lo cubre  
su corazón de brasa; y oreadlo,  
que alumbre como el sol eternamente.

*Manuel Gahete*